

EN OBSEQUIO DE JESUCRISTO



Así comienza la Regla (n. 2): «Muchas veces y de diversas maneras (Hb 1,1) los santos Padres dejaron establecido el modo como cada uno, - sea cual fuere su estado o el género de vida religiosa que abrace-, *ha de vivir en obsequio de Jesucristo* (2 Co 10,5) y servirle fielmente con corazón puro y buena conciencia» (1Tm 1,5; 1Pe 1,22).

Jesús en su vida pública iba llamando a los que formarían parte de su Colegio Apostólico: «El que quiera venir en pos de mí niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame». «Ven y sígueme», etc... Estas palabras que son dirigidas a todo cristiano lo son de un modo especial a los que llama el Señor para seguir sus Consejos en la vida religiosa.

Desde antiguo hubo cristianos que, no sólo siguieron a Cristo en el sentido espiritual que Él propuso, sino que, haciéndose peregrinos, caminaron tras sus huellas en la misma Tierra Santa donde Él se encarnó, vivió, padeció y murió por nosotros.

Llegó un tiempo que la Tierra del Señor fue ocupada por los seguidores de Mahoma. Fue entonces cuando toda la cristiandad, puesta en pie, organizó las *Cruzadas* con el fin de reconquistar aquella tierra considerada patrimonio de Cristo. Muchos de aquellos peregrinos iban con ánimo de quedarse de por vida en aquella tierra santificada por Jesús de Nazaret.

Muchos cruzados, que habían ido a Tierra Santa con la intención de reconquistarla por la fuerza de las armas, bien fueran vencedores o vencidos quisieron quedarse en aquellos sagrados lugares y se entregaron para siempre a Cristo en una vida de soledad, penitencia y oración.

El cristocentrismo de la Regla albertina da sentido y plenitud a todo lo demás. La vida en *obsequio de Jesucristo* implica abrirse desde el fondo de su ser a la palabra, escuchándola juntos, (n. 7) interiorizándola, formando un cuerpo con ella (nn. 10, 18, 19, 22, 23). Es un conocer la palabra viviéndola (nn. 18-23) y celebrándola (nn. 11 y 14).

El papel central, y en cierto modo único, de la liturgia eucarística se pone de relieve por la disposición estructural que sitúa el oratorio en medio de la celdas (c.14).

Quiere la Regla que el carmelita esté pendiente de la venida del Señor con diversas referencias en los números 18, 19, 21, 23 y 24. El presente no es tiempo de cumplimiento y plenitud, sino de provisionalidad y espera. El meditar día y noche en la ley del Señor se presenta casi como un axioma.

Existe en vuestra Orden muy fuertemente acentuada una profunda tradición cristológica y mariana: *seguir a Jesucristo, imitando a María. Yo os ruego que conservéis estos tesoros. Conservadlos, profundizando en ellos, actualizándolos, porque son tesoros indestructibles, y el mundo y la humanidad tienen gran necesidad de ellos*".

(Juan Pablo II el 24 de septiembre de 1983
a los carmelitas reunidos en Capítulo General)

«Aquí estamos también en el camino,
pues el Carmelo es una alta montaña,
que hay que escalar».

EDITH STEIN (N. 59)